

Cuando pude salir de mi estupor, divisé a lo lejos las figuras de mi madre y de Farag, enzarzados en una animada charla. Con paso vacilante, me encaminé hacia ellos, pero antes de que pudiera llegar, la inmensa mole del capitán se interpuso en mi camino.

—Doctora, deberíamos marcharnos cuanto antes. Se está haciendo muy tarde y pronto no quedará luz.

—¿De qué conoce a mi hermano, capitán?

—¿A su hermano...? —se asombró.

—Mire, no se haga el despistado. Sé que conoce a Pierantonio, así que no me mienta.

La Roca examinó los alrededores con gesto indiferente.

—Deduzco que el padre Salina no le ha dado esta información, de modo que no seré yo quien lo haga, doctora —bajó la mirada hasta mí—. ¿Nos vamos, por favor?

Asentí, y me pasé las manos por la cara con gesto de consternación.

Dije adiós a todos, uno por uno, y subí en el vehículo que el capitán y Farag habían alquilado en el aeropuerto, un Volvo S40, de color plata y cristales oscuros. Cruzamos la ciudad para coger la carretera 121 hasta Enna, en el corazón de la isla, y, desde allí, tomar la autopista A19 hasta Catania. Glauser-Röist, que disfrutaba enormemente conduciendo, encendió la radio y dejó sonar la música hasta que abandonamos Palermo. Una vez en la carretera, bajó drásticamente el volumen y, Farag, que viajaba en la parte trasera, se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en los respaldos de nuestros asientos.

—En realidad, Ottavia, no sabemos por qué estamos aquí —empezó a explicarme—. Hemos venido a Sicilia para verificar una inspiración, pero seguramente haremos el más grande de todos los ridículos.

—No le haga caso, doctora. El profesor ha encontrado la entrada al Purgatorio.

—No le haga caso a él, doctora. Te aseguro que dudo muchísimo que encontremos la entrada en Siracusa, pero el capitán se ha empeñado en comprobarlo *in situ*.

—Está bien —consentí, suspirando—. Pero dame, al menos, una explicación que me convenza. ¿Qué hay en Siracusa?

—¡Santa Lucía! —celebró Farag.

Giré la cabeza hacia él, con bastante fastidio.

—¿Santa Lucía?

Estaba tan cerca del profesor, que pude respirar su aliento. Me quedé paralizada. Una vergüenza terrible me sofocó de repente. Hice un esfuerzo sobrehumano para volver a mirar la carretera que tenía delante sin que se notara mi turbación. Boswell tenía que haberse dado cuenta, me dije espantada. Era una situación violenta, y el silencio de él empezaba a volverse insoportable. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué no seguía contando su historia?

—¿Por qué santa Lucía? —pregunté precipitadamente.

—Porque... —Farag carraspeó y se ofuscó—. Porque sí. Porque...

No podía verle las manos, pero estaba segura de que le temblaban. Ya lo había observado en otras ocasiones.

—Yo se lo explico, doctora —medió Glauser-Röist—. ¿Quién lleva a Dante hasta la puerta del Purgatorio?

Hice memoria rápidamente.

—Santa Lucía, es verdad. Lo traslada por los aires desde el Antepurgatorio mientras él está dormido y lo deja frente al mar. Pero ¿qué tiene que ver con Sicilia? —hice memoria de nuevo—. Sí, bueno, santa Lucía es la patrona de Siracusa, claro, pero...

—Siracusa está mirando al mar —observó el profesor, aparentemente recuperado por completo—. Además, después de dejar a Dante en el suelo, santa Lucía,

con los ojos, le señala a Virgilio el camino que deben seguir para llegar hasta la puerta de la doble llave.

—Bueno, sí, pero...

—¿Sabías que Lucía es la patrona de la vista?

—¡Qué pregunta! Naturalmente.

—Todas las imágenes la representan llevando sus ojos en un platillo.

—Se los arrancó ella, durante el martirio —precisé—. Su prometido pagano, que fue quien la denunció por cristiana, adoraba sus ojos, de modo que ella se los arrancó para que se los hicieran llegar.

—«Que santa Lucía nos conserve la vista» —recitó Glauser-Röist.

—Sí, en efecto, esa es la advocación popular.

—Sin embargo... —enfaticó Farag—. La santa patrona de Siracusa aparece siempre con sus propios ojos bien puestos y bien abiertos y, lo que lleva en el platillo, es otro par de repuesto.

—Bueno, eso es porque no van a pintarla con las cuencas vacías y sangrantes.

—¿Ah, no? Pues no será porque la iconografía cristiana no haya puesto siempre el acento en la sangre y el dolor físico.

—Bueno, pero ese es otro tema —protesté—. Sigo sin saber adónde quieres llegar.

—Es muy sencillo. Verás, según todos los martirologios cristianos que dan cuenta del suplicio de la santa, Lucía jamás se arrancó los ojos, ni los perdió en modo alguno. En realidad, lo que dicen es que las autoridades romanas al servicio del emperador Diocleciano intentaron violarla y quemarla viva, pero que, por intercesión divina, no lo consiguieron, así que tuvieron que clavarle una espada en la garganta que acabó con su vida. Era el 13 de diciembre del año 300. Pero de los ojos, nada de nada. ¿Por qué, pues, es la patrona de la vista? ¿No será que estamos hablando de otro tipo de visión, una visión

que no es la del cuerpo, sino la de la iluminación que permite acceder a un conocimiento superior? De hecho, en el lenguaje simbólico, la ceguera significa ignorancia, mientras que la visión es equivalente al saber.

—Eso es mucho suponer —objeté. No me encontraba bien. Toda aquella verborrea de Farag caía como arena en mi cerebro. Todavía estaba muy afectada por las muertes de mi padre y de mi hermano, y no tenía ganas de escuchar sutilezas enigmáticas.

—¿Mucho suponer...? Vale, pues oye esto: la fiesta de Santa Lucía se celebra el supuesto día de su muerte, el 13 de diciembre, como ya te he dicho.

—Ya lo sé, es el santo de mi hermana.

—Bien, pero lo que quizá no sabes es que, antes del ajuste de diez días que introdujo el calendario gregoriano en 1582, su fiesta se celebraba el 21 de diciembre, día del solsticio de invierno, y, desde la antigüedad más remota, el solsticio de invierno era la fecha en la que se conmemoraba la victoria de la luz sobre las tinieblas, porque, a partir de ese momento, los días se iban haciendo cada vez más largos.

No dije ni media palabra. No conseguía entender nada de aquel galimatías.

—Ottavia, por favor, eres una mujer culta —me exhortó Farag—. Utiliza todos tus conocimientos y verás que lo que digo no es ninguna tontería. Estamos hablando de que Dante hace de santa Lucía su misteriosa porteadora hasta la entrada del Purgatorio, pero nos dice, además, que después de dejarle a él en el suelo, todavía dormido, *con los ojos* le indica a Virgilio la senda que deben tomar para llegar hasta la puerta en la que se hallan los tres escalones alquímicos y el ángel guardián con la espada. ¿No es una referencia clarísima?

—No lo sé —declaré, sin darle más importancia—. ¿Lo es?

Farag se quedó en silencio.



—El profesor no está seguro —murmuró Glauser Röst, apretando el acelerador—. Por eso vamos a comprobarlo.

—Hay muchos santuarios de Santa Lucía en el mundo —rezongué—. ¿Por qué tiene que ser precisamente el de Siracusa?

—Además de ser el lugar de nacimiento de la santa y la ciudad donde vivió y fue martirizada, hay algunos otros datos que nos hacen sospechar de Siracusa —puntualizó la Roca—. Cuando Dante y Virgilio se encuentran con Catón de Útica, este recomienda a Dante que, antes de presentarse ante el ángel guardián, se lave el rostro para limpiarse de toda suciedad y se ciña con un junco de los que crecen alrededor de una isleta que hay cerca de la orilla.

—Sí, lo recuerdo.

—La ciudad de Siracusa fue fundada por los griegos en el siglo VIII antes de nuestra era —continuó Farag—. En aquel entonces le dieron el nombre de Ortigia.

—¿Ortigia...? —repuse, intentando evitar el gesto involuntario de volverme hacia él—. ¿Pero Ortigia no es la isla que hay frente a Siracusa?

—¡Ajá! ¡Tú lo has dicho! Frente a Siracusa hay una isla llamada Ortigia en la cual, además de los famosos papiros, que todavía se cultivan, crecen abundantemente los juncos.

—Pero Ortigia es hoy un barrio de la ciudad. Está totalmente urbanizada y unida a tierra por un gran puente.

—Cierto. Y eso no quita ni un ápice de importancia a la pista que Dante puso en su obra. Y todavía falta lo mejor.

—¿Ah, sí? —lo cierto es que me estaban convenciendo. Con toda aquella sarta de barbaridades conseguían que, poco a poco, sin darme cuenta, dejara atrás mi pena y volviera a la realidad.

—Tras la desaparición de Imperio Romano, Sicilia fue tomada por los godos y, en el siglo VI, el emperador Justiniano, el mismo que encargó edificar la fortaleza de Santa Catalina del Sinaí, ordenó al general Belisario que recuperase la isla para el Imperio Bizantino. Pues bien, nada más arribar a Siracusa las tropas constantinopolitanas, ¿sabes qué fue lo que hicieron? Construyeron un templo en el lugar del martirio de la santa y ese templo...

—Lo conozco.

—... sigue en pie hoy día aunque, por supuesto, con múltiples restauraciones llevadas a cabo a lo largo de los siglos. No obstante —Farag estaba imparable—, el atractivo mayor de la vieja iglesia de Santa Lucía radica en sus catacumbas.

—¿Catacumbas? —me extrañé—. No tenía ni idea de que hubiera catacumbas bajo la iglesia.

Nuestro vehículo acababa de entrar a buena velocidad en la autopista 19. La luz del sol empezaba a declinar.

—Unas notables catacumbas del siglo III, apenas examinadas en algunos de sus tramos principales. Se sabe, eso sí, que fueron ampliadas y modificadas, curiosamente, durante el período bizantino, cuando ya no había persecuciones y la religión cristiana era la fe del Imperio. Por desgracia, sólo están abiertas al público durante las fiestas de Santa Lucía, del 13 al 20 de diciembre, y no totalmente. Quedan varios pisos por explorar y muchísimas galerías.

—¿Y cómo vamos a entrar?

—Quizá no haga falta. En realidad, no sabemos lo que vamos a encontrar. O mejor dicho, no sabemos lo que debemos buscar, como cuando estuvimos en Santa Catalina del Sinaí. Curiosearemos, pasaremos y ya se verá. A lo mejor nos acompaña la suerte.

—Me niego a ceñirme con un junco y a lavarme la cara con el rocío de la hierba de Ortigia.

—Pues no se niegue tanto —vibró, colérica, la voz de

Duomo para tomar una calle que nos llevó directamente hasta el puerto. Allí aparcamos y fuimos dando un paseo hasta el final de la rada, hasta un rinconcillo donde, a la luz de las farolas todavía encendidas, se distinguía una arena muy fina y blanca y donde, por supuesto, había centenares de juncos. La Roca llevaba entre las manos su ejemplar de la *Divina Comedia*.

—Profesor, doctora... —murmuró visiblemente emocionado—. Ha llegado el momento de empezar.

Dejó el libro sobre la arena y se dirigió hacia los juncos. Con gesto reverente, pasó las manos sobre la hierba y, con el rocío, se limpió el rostro. Luego, arrancó uno de aquellos flexibles tallos, el más alto que encontró, y sacándose la camisa de los pantalones, se lo ató a la cintura.

—Bueno, Ottavia —susurró Farag, inclinándose hacia mí—, es nuestro turno.

Con paso firme, el profesor se dirigió hacia donde estaba la Roca y repitió el proceso. También su rostro, húmedo de rocío, adoptó un cariz especial, como de encontrarse en presencia de lo sagrado. Me sentía turbada, insegura. No entendía muy bien lo que estábamos haciendo, pero no tenía más remedio que imitarles, pues una vez allí, cualquier actitud de rechazo hubiera sido ridícula. Metí los zapatos en la arena y fui hasta ellos. Pasé las palmas de las manos por la hierba húmeda y las froté contra mi cara. El rocío estaba fresco y me despejó de repente, sin previo aviso, dejándome lúcida y llena de energía. Después, elegí el junco que me pareció más verde y bonito, y lo rompí por su base con la esperanza de que la raíz volviera a crecer algún día. Levanté con disimulo el borde de mi jersey y lo sujeté a mi cintura, por encima de la falda, sorprendiéndome por la delicadeza de su tacto y por la elasticidad de sus fibras, que se dejaron anudar sin ninguna dificultad.

Habíamos completado la primera parte del rito.

Ahora sólo faltaba saber si había servido para algo. Mejor de los casos, me dije para tranquilizarme, nos había visto hacer aquello.

De nuevo en el coche, abandonamos la isla de Ischia por el puente y entramos en la avenida Umberto I. La ciudad comenzaba a despertar. Se veían algunas farolas encendidas en las ventanas de los edificios y el tráfico estaba algo revuelto —un par de horas después serían caótico como el de Palermo—, sobre todo en las cercanías a los puertos. El capitán torció a la derecha y se dirigió por la nueva avenida hacia arriba en dirección a la calle dell'Arsenale. De repente, pareció sorprenderse momentáneamente al mirar por la ventanilla:

—¿Saben cómo se llama esta calle por la que estamos circulando? Via Dante. Acabo de verlo. ¿No les parece curioso?

—En Italia, capitán, todas las ciudades tienen una calle Via Dante —repliqué, aguantándome la risa. La de Palermo, sin embargo, se escuchó perfectamente.

Llegamos enseguida a la plaza de Santa Lucía, al lado del estadio deportivo. En realidad, más que plaza, era una simple calle que encerraba la forma triangular de la iglesia. Adyacente al pesado edificio de piedra blanca, que exhibía un modesto campanario de poca altura, se podía contemplar un menudo baptisterio de planta octogonal. La factura de la iglesia no dejaba lugar a dudas: a pesar de las reconstrucciones normanas del siglo XII y del rosetón renacentista de la fachada, aquel templo era tan bizantino como Constantinopla Grande.

Un hombre de unos sesenta años, vestido con pantalones viejos y una chaqueta desgastada, pasó por arriba y abajo por la acera frente a la iglesia. Al volver a salir del coche, se detuvo y nos observó cuidadosamente. Exhibía una hermosa mata de pelo gris, espesa y abundante, y un rostro pequeño, lleno de arrugas.